

que añadir: ¿Á cuál de las gracias del Señor no has puesto embarazo, ó cuál de ellas te ha encontrado dispuesto á recibirla?

Si son argumentos del amor que Dios nos tiene las gracias con que se ha dignado enriquecernos, son también una carga muy grande que ha puesto sobre nosotros, y de todas ellas tendremos que dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Á quien mucho se le ha dado, mucho tendrá que pedirsele (1); por esto, el santo temor de Dios nunca debe separarse de nosotros, y la vigilancia cristiana jamás nos ha de abandonar.

(1) Luc. XII, 48.



## CAPÍTULO IV

### EL PADRE CELESTIAL

#### I

**A** la primera persona de la Santísima Trinidad le damos el nombre de Padre, y lo es con toda propiedad; porque en aquel augusto Misterio, el nombre propio de cada persona significa lo que la distingue de todas las demás; porque así como es de la esencia del hombre constar de alma y cuerpo, así en la noción de un hombre determinado, entran tal alma y tal cuerpo; como que esto es lo que le distingue de sus semejantes; mas la paternidad es lo que distingue la persona del Padre, de las otras; por esto su nombre propio es el de Padre (1).

La razón de paternidad y filiación se hallan

(1) I. p. q. XXXIII, a. II.



en Dios Padre y en Dios Hijo, porque los dos tienen una misma naturaleza y gloria; mas en la criatura la filiación respecto á Dios existe, no de un modo perfecto; porque el Criador y la criatura no son de una misma naturaleza; existe en virtud de cierta semejanza, que cuanto sea más perfecta, tanto más se acercará al verdadero concepto de filiación; pues se dice que Dios es Padre de alguna criatura por la semejanza de vestigio, si se habla de los irracionales, según estas palabras: ¿Quién es el padre de la lluvia, ó quién engendró las gotas del rocío? (1) Llámase Padre de la criatura racional por la semejanza de imagen según estas palabras: ¿No es Él tu padre, que te poseyó, te hizo y te creó? (2). Es también Padre de algunos por la semejanza de gracia, y estos se llaman hijos adoptivos, en cuanto están destinados á la herencia de la gloria eterna mediante el don de la gracia recibida. El mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos (3).

Por último, es Padre de otros por la semejanza de gloria, en cuanto gozan ya de esta herencia, según dice el Apóstol: Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios (4).

(1) Job, XXXVIII, 28.

(2) Deut. XXXIII, 6.

(3) Rom. VIII, 16, 17

(4) Id. V, 2.

La paternidad, pues, se atribuye á Dios en su concepto de persona á persona, antes que por su respecto de Dios á la criatura (1).

En las personas divinas existe un principio sin principio, que es el Padre, sin que en ellas haya antes ni después; y existe también un principio derivado de otro, cual es el Hijo (2).

Padre celestial. Este nombre está lleno de majestad y de grandeza; al pronunciarlo debe doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y tiene que bendecirlo toda lengua. El Padre celestial: he ahí la fuente de la divinidad; aquella sacratísima persona de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo.— ¿Quién puede comprender cuánta es la grandeza de aquel Padre á quien no abarcan los cielos y la tierra; que existe por sí mismo, y cuyo poder es infinito? Grande es el Señor, y su grandeza no tiene ningún término, decía David. Grande es el Señor y digno en gran manera de alabanza (3). ¡Qué majestad la de ese Padre; majestad que brilla con todos los encantos de una gloria inaccesible; con todas las bellezas de la luz increada...! La contemplan los ángeles allá en el cielo, y cúbrese el rostro con sus blancas alas; y llenos de respeto se humillan, la adoran y bendicen con inmenso amor. También nosotros acá en la tierra adoramos la infi-

(1) D. Thom. cit. a. III.

(2) Id. a. IV.

(3) Ps. CXI-IV, 3.



nita majestad de Dios Nuestro Señor, y bendecimos y ensalzamos la gloria de su Nombre; É sea glorificado eternamente.

El Padre celestial; Él es de donde nace eternamente la verdad y de quien procede el amor divino; es ese Padre una hermosura encantadora y santa que arrebató el alma, y una perfección altísima y sagrada que admira nuestro espíritu. Origen de todos nuestros bienes. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de lo alto; desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación. Por un efecto de su voluntad nos ha engendrado para hijos suyos con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus nuevas criaturas (1). ¡Oh! ¡Cuánto es el amor que le debemos por ser quien es, bondad infinita y fuente inagotable de gracia!

Nuestro Padre divino no sólo nos inspira un profundísimo respeto á su eterna y adorable majestad, sino también una confianza muy grande en su misericordia. El respeto de que hablamos es filial y no impide en manera alguna que derramemos en el seno de nuestro Padre querido todo nuestro amor; que pongamos en Él nuestra confianza, y que á Él nos dirijamos en todas ocasiones, sabiendo que ha de recibirnos con bondad; porque así como un padre se compadece de sus hijos, así también tiene compasión de nosotros nuestro Padre celestial.

(1) Jac. I, X, 17, 18.

Él nos descubre su ternura inmensa en los Libros Santos, con las más amorosas expresiones. Dícenos que nos lleva en su seno y nos trae en sus entrañas, y que no nos dejará hasta la última vejez (1). ¿Qué haré por tí, oh Efraín? dícenos también. ¿Seré yo tu protector, oh Israel? Pues qué ¿podré tratarte como á Adama ni ponerte como á Ceboín? ¡Ah! mis entrañas se conmueven dentro de mí: yo me siento como arrepentido. No dejaré obrar el furor de mi indignación; no he de resolverme á destruir á Efraín; porque yo soy Dios y no un hombre (2). También nuestras entrañas se han conmovido de ternura con esas palabras del más tierno y amoroso de todos los padres. En Él están nuestra confianza y todo nuestro amor. No, no hay padre alguno que pueda compararse con el Padre dulcísimo que tenemos en los cielos: *tam Pater nemo est.*

No sólo sus palabras, también sus obras nos dan testimonio del amor incomparable que nos tiene nuestro dulce Padre. Él gobierna con su providencia todas las cosas; y esta providencia es una revelación encantadora de su amor y su bondad; nunca nos llega á olvidar; todo lo dispone para el bién de sus amantes hijos, y sus cuidados se extienden á todos los acontecimientos de nuestra vida, que arregla y dispone según los consejos de su amor. No caerá

(1) Isa. XLVI, 3, 4.

(2) Ose. XI, 8, 9.



ni un solo cabello de nuestra cabeza sin que así lo disponga el Padre celestial (1). Podemos, pues, descansar con fiada en el seno de tan dulce Padre. Los hijos de los hombres, decía David á este buen Padre, descansarán bajo la sombra de tus alas (2).

Pensar que tenemos un Padre amorosísimo que siempre se ocupa de nuestro bien, y que á ese Padre nada se le oculta porque es infinita su sabiduría; que nadie le resiste, porque es omnipotente, y que nunca verá con indiferencia nuestros males, porque tiene sus delicias en favorecernos, es para nosotros inefable dicha, que si bien no hemos merecido, sí nos obliga enteramente para con Él; tenemos que amarle con todo el corazón, y es necesario estar consagrados á su divino servicio: tal es nuestra felicidad y la verdadera gloria de los que somos hijos de un Padre tan bueno.

## II

¿Qué haremos á fin de amarle cuanto sea posible á nuestra grán miseria, y de qué manera tendremos que servirle? Nuestro Hermano primogénito, el Hijo natural de Dios, debe ser nuestro modelo en el amor del Padre celestial: ¿de qué manera amó Jesucristo á su divino Pa-

(1) Math. X, 29.

(2) Ps. XXXV, 8.

dre? ¿Qué hizo por la gloria de Aquel que le envió á la tierra para santificarla? Esto es en lo que vamos á ocuparnos siquiera un momento.—Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre.—Yo no busco mi gloria.—Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz y no hay en él injusticia (1). Así amó Jesús á su divino Padre. ¿Queremos amarle nosotros, imitando al que es nuestro Maestro, al que es la verdad y en quien no hay injusticia? Hagamos siempre las cosas que son del agrado del Señor. Ora comais, ora bebais, decía el Apóstol, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (2). Tal es nuestro deber, y al cumplirlo daremos testimonio del amor que á Dios tenemos. No somos de nosotros mismos, sino de Dios: *Non estis vestri*; si somos enteramente de Dios, tenemos que agradarle en todos nuestros actos. Si esto nos descubre la grande obligación que pesa sobre nosotros, nos muestra, al mismo tiempo, que aquel deber es nobilísimo y sublime, y en cumplirlo está cifrada toda nuestra gloria: pensar en Dios; trabajar por su gloria; ¿habrá por ventura, en este mundo, grandeza alguna que con esta pueda compararse? Añadamos que no hay consuelos y delicias semejantes á los que el alma disfruta cuando en verdad sólo perte-

(1) Joan, VIII, 29-5) —VII, 18.

(2) Cor. X, 31.



nece á Dios en las palabras, en los afectos y en las obras.

No somos de nosotros mismos; tenemos, pues, que elevar hasta Dios nuestras miradas y preguntarnos una y otra vez: ¿qué haremos para agradar á nuestro Padre celestial? y recordamos luego que Jesús al entrar en el mundo dijo estas palabras: Vengo, oh Dios, á cumplir tu voluntad (1); y dijo después á sus discípulos: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento á su obra (2). Hacer la voluntad del Padre celestial es una dicha inefable que el mundo no conoce. Al cumplir aquella voluntad contemplamos á Dios; al Señor altísimo que reina en lo más alto de los cielos; al Padre más dulce que tenemos; que todo cuanto tiene nos ha dado en Jesucristo; al Padre que es fuente inagotable de piedad y gracia, y que es todo nuestro bien. — No somos de nosotros mismos; y al ponernos sin reserva en manos del Señor, su santa voluntad dirige todos nuestros pasos, y está siempre con nosotros inspirándonos santos pensamientos y afectos de amor y de ternura para con Dios Nuestro Señor; y esa voluntad divina, al señárnos los caminos de la vida eterna, nos toma de la mano, sostiene nuestros pasos y nos llena de alegría y consuelo, de paz y de dulzura. Nos hace recordar á cada instante estas pala-

(1) Hebr. X, 7.

(2) Joan., IV, 34.

bras de los Libros Santos: Señor, enséñame á hacer tu voluntad (1). Señor, ¿qué quieres que haga (2)? Ella misma, la voluntad de Dios, se nos presenta dulcísima y amable, y llena de atractivos; vestida de luz, porque es sabiduría infinita; llena de majestad y de grandeza, porque es reina soberana del cielo y de la tierra; y con semblante apacible nos dice una y otra vez: Dios pide vuestro amor y quiere que cumplais sus divinos preceptos. Acordaos de Jesucristo, que le amó sobre todas las cosas, y que siempre cumplió el mandamiento de su divino Padre.—En ese instante ponemos nuestros ojos en Jesús y le pedimos que nos enseñe á amar á su divino Padre y á cumplir su voluntad, y exclamamos después de un momento: Oh Señor, mostradnos esa voluntad que tanto amamos; disipad las tinieblas que por todas partes nos rodean, y haced que la contemplemos con fidelidad. Vuestra voluntad sagrada sea el pan que nos sustente; nuestra alma tiene sed inextinguible de Vos, oh Señor Altísimo; hambre insaciable que nos devora las entrañas; apagad aquella sed y dadnos ese pan de vida que os pedimos: el cumplimiento de esa voluntad que refrigera el alma más sedienta y la deja satisfecha cual delicioso manjar. ¡Oh, si todo lo olvidásemos á fin de complacerla, cuán dichosos

(1) Ps. CXLII, 10.

(2) Act. IX, 6.



seríamos entonces! Este es el consuelo; esta la dicha y la gloria á que aspiramos.

¡Qué suspiros tan tiernos y ardientes exhala el alma pensando en la divina voluntad de nuestro Dios querido! Si no podemos hallarla preguntamos por ella, transidos de indecible pena: ¿la habéis visto; en dónde está? Y si entonces oímos la voz de nuestro dulce Padre, que dice á cada uno de nosotros: Hijo mío, guarda mis consejos y deposita mis preceptos en tu corazón; observa mis mandamientos y vivirás; y guarda mi ley como la niña de tus ojos; ponla como una sortija en los dedos; escríbela en las telas de tu corazón (1); aquellos mandamientos y consejos, esta ley divina, todo es para nosotros delicias de los cielos, felicidad incomparable; la voluntad de Dios que nos revela á fin de complacerla y de unirnos con ella con los vínculos de un amor sagrado, y al abrazarla, al descansar en su divino seno, decimos una y otra vez: Mi amada es para mí y yo para ella.

No busquemos nuestra propia gloria, sino la del Padre celestial. Así lo hizo y así lo enseñó Jesucristo.—Como olvidados de nosotros mismos, sólo pensemos en servir á Dios, en glorificar su santo nombre. Es vuestra, oh Señor, la justicia, decía Daniel; y á nosotros nos toca la confusión de nuestro rostro (2); y antes David había rogado al Señor en estos términos: Se-

(1) Ec., VII, 1-3.

(2) IX, 7.

ñor, no deis á nosotros la gloria, dadla á vuestro santo nombre (1). A este nombre corresponde todo honor y gloria, y no es lícito en manera alguna robar ese tesoro inviolable y sagrado. La humillación y la vergüenza, el olvido y el desprecio, tal es nuestra herencia; porque somos pecadores y de nosotros mismos no tenemos bien alguno.

Si diariamente nos ocupamos en extender por todo el mundo la gloria del Señor; si trabajamos sin descanso por su causa, ni aun entonces debemos gloriarnos en nosotros mismos, ni hemos de buscar por esto las alabanzas de los hombres. Acordémonos de estas palabras del Divino Maestro: ¿El amo se tendrá por obligado para con su siervo porque éste hizo lo que le mandó? No por cierto. Así también vosotros; después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho sino aquello que debíamos hacer (2).—Ahora preguntemos: ¿lo que hemos hecho por la gloria del Señor ha sido grato á sus divinos ojos? Y Aquel en cuya presencia no son limpias las mismas estrellas, ¿no hallaría mancha alguna en nuestras obras? Todos nosotros, dijo Isaías, somos como un inundo leproso, y son como lienzo manchado todas nuestras justicias (3).—Por esto el Padre

(1) Ps. CXIII, 1.

(2) Luc. XVII, 9, 10.

(3) LXIV, 6.



celestial debe recibir todo honor y gloria, ahora y para siempre. Amén.

Siéntese desahogado el corazón y lleno de contento cuando ofrece al Señor toda la gloria que sólo corresponde á su grandeza; humillados y como perdidos á nuestros propios ojos, sólo pensamos en Él, y los intereses de su gloria ocupan sin descanso nuestra inteligencia, y en pos de sí llevan todo nuestro afecto. Amarle y verle amado; servirle y que el mundo entero le sirva, esta es la paz de nuestras almas, nuestra corona de gloria y toda nuestra dicha.



## CAPÍTULO V

JESUCRISTO

I

**P**ENSANDO en Nuestro Señor dulcísimo, recordamos estas sus divinas palabras: Yo soy el camino, la verdad y la vida (1).—Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (2). Las primeras nos descubren la infinita grandeza de Jesús, y las segundas le inclinan á nosotros y nos le muestran dulcísimo y amable cual convenía que lo fuese Aquel que había descendido de los cielos por su amor infinito á los hombres.

Él es el camino, la verdad y la vida. Hacia Él deben dirigirse nuestras miradas y afectos; debemos seguirle, imitarle, escuchar su divina

(1) Joann. XIV, 6.

(2) Mat. XI, 29.



doctrina y recibir de Él la vida de la gracia. Desde estos puntos de vista contemplamos á nuestro amadísimo Señor resplandeciente de luz y de belleza, y atrayendo á sí mismo todas las cosas. ¡Oh cuánta es su majestad, cuánta su grandeza! Es el grande, el que todo lo puede con la virtud de su brazo; es el Eterno é infinitamente sabio por su misma esencia; Unigénito de Dios, consubstancial al Padre y su eterna palabra. Vino á visitarnos bajando desde lo más alto de los cielos y nos abrió un camino nuevo y de vida por el velo, esto es, por su carne, según la expresión de San Pablo (1).—Y no hay otro camino que nos lleve al cielo, porque Jesús fue constituido para nosotros por fuente de sabiduría, y por justicia, y santificación y redención (2).

Veamos ahora de qué manera Jesucristo Nuestro Señor tiene que ser para nosotros camino de vida. El que me sigue no anda en tinieblas (3). Estas palabras del Señor, dice el libro de la Imitación, nos advierten que si queremos ser alumbrados verdaderamente y libres de toda ceguedad del corazón, imitemos la vida de Jesucristo y la santidad de sus costumbres (4). El Apóstol San Pedro nos dice que para esto fuimos llamados á la dignidad de hijos de Dios;

(1) Hebr. X, 19.

(2) Cor. I, 30.

(3) Jeann. VIII, 12.

(4) Lib. I, cap. 1.

porque Jesucristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (1). Esta imitación nos hará despojar del hombre viejo y revestir de Jesucristo, porque en el bautismo hemos quedado sepultados con Jesucristo muriendo al pecado, á fin de que, como Jesucristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida (2); y bien sabemos que á los que Dios tiene previstos, los predestinó para que se hiciesen conforme á la imagen de su Hijo (3).

Jesucristo caminó por las sendas de la santidad y de la justicia, y nosotros, revestidos del mismo Señor, debemos seguir sus pisadas; solamente así será para nosotros camino de vida; pues no entrará en el reino de los cielos quien le llame una y otra vez: Señor, Señor, sino el que cumpla la voluntad del Padre celestial (4), y la voluntad de ese divino Padre es que imitemos en todo á su Hijo muy amado. Oidle, nos dijo aquel Padre; y el Hijo, á su vez, dijeron también: Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros también vosotros lo hagais (5). Allí están las santísimas virtudes que practicó sobre la tierra y que tenemos que imitar: su amor al Padre, su caridad para con

(1) 1. Ep. II, 21.

(2) Rom. VI, 4.

(3) Id. VIII, 29.

(4) Math. VII, 21.

(5) Math. XVII, 5.—Joann. I, XIII, 15.



los hombres, la humildad y mansedumbre de su corazón, su perfectísima obediencia y el celo que le consumía por la divina gloria. Este fue el camino nuevo y de vida que abrió para nosotros el Hijo de Dios; camino que directamente nos conduce al Padre.

¿Quién puede contemplar sin quedar deslumbrado la purísima luz de la verdad que eternamente procede del seno del Padre? Esa luz es inaccesible á los mortales, mas quiso descender hasta nosotros, y cubriéndose con el velo de su purísima carne, hizonos capaces de contemplarla en el misterio de la Encarnación. Lo que fue desde el principio, decía San Juan, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de la vida; vida que se hizo patente y así la vimos, y damos de ella testimonio y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros (1). Esa vida es la verdad de que hablamos. ¿Qué ha traído consigo para nuestro bien? La verdadera libertad de hijos de Dios. Conoceréis la verdad, dijo Jesucristo, y la verdad os librará (2). Esta libertad es un don precioso de los cielos, ya que nos libra del cautiverio del error y del pecado. Al conocer á Jesucristo, al que es la fuente inextinguible de la luz; al imitar sus santísimos ejemplos y al po-

(1) I. Ep. I, 1, 2.

(2) Joan. VIII, 32.

ner en Él nuestros afectos, ni el error obscurece nuestras almas, ni nos hace gemir en sus tristes cadenas el pecado. Sois libres, dijo el Apóstol, con la libertad que os ha concedido Jesucristo (1). ¡Qué libertad tan sublime y gloriosa! Es el triunfo de la gracia de Jesucristo en nosotros; gracia que purifica y eleva nuestras almas, y las une con vínculos de la más estrecha caridad con el mismo Jesucristo. Somos libres, mas esto, por la verdad del Hijo de Dios; y libres, no para seguir el engaño de nuestras pasiones, sino la rectitud y la justicia; y esa verdad nunca nos engaña porque es inmutable, y colma nuestras almas de inefables y santísimas delicias, porque en ella están la vida, la fuente de la gracia y todos nuestros bienes.

Jesucristo, nuestro amadísimo Señor, es el camino y la verdad, y es también la vida. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido... Hemos visto la gloria de Jesús, gloria cual debía recibir el Unigénito del Padre; gloria que le inunda de gracia y de verdad; y de la plenitud de Jesucristo todos hemos participado y recibido gracia por gracia (2).

La vida del Hijo de Dios en el seno del Padre, es misterio altísimo y profundo que sólo

(1) Galat. IV, 31.

(2) I, 4-6.



Dios comprende, y grandeza divina que bendecimos y adoramos con toda la humildad de nuestras almas. Vive Jesús en el seno de su Padre, contemplando al que es su divino principio con amorosa y eternal mirada, y de Él recibe cuanto tiene: el poder y la grandeza, la ciencia y la hermosura; en una palabra, la divina esencia, el sér de Dios.

El Hijo de Dios se contempla también á sí mismo, con todas sus divinas perfecciones, en su eterno principio. El Padre se complace en este su Hijo muy amado, y el Hijo tiene sus divinas complacencias en su Padre.

La vida que el Hijo de Dios tiene en el seno del Padre, se digna comunicarla en cierta manera á los hombres. Jesucristo es Hijo natural de Dios, y nosotros somos hijos adoptivos por la gracia del mismo Jesucristo. La filiación adoptiva es una semejanza de la natural; y es diferente de ésta, en que el Hijo natural de Dios es engendrado, no hecho, y el adoptivo es hecho, según estas palabras del Evangelio: Les dió potestad de ser hechos hijos de Dios (1). Esta adopción nos hace hermanos de Jesucristo, como teniendo un mismo padre con Él. Al pensar en esto, tenemos que exclamar: ¡oh cuanta es la dignidad de nuestras almas, y cuán preciosa y rica la herencia que se ha dignado darnos el Señor! Le bendecimos y le amamos con todo nuestro afecto; nos ha elevado á una

(1) Joann., I, 12.

dignidad incomparable, y ha querido enriquecernos con los más preciosos dones de la gracia; le debemos pues, una gratitud inmensa, un amor sin límite; y ya que nada podemos sin su gracia, se la pedimos con todo rendimiento, y nos ofrecemos para siempre á su servicio; no somos de nosotros mismos, sino de aquel dulcísimo Señor que es para nosotros el camino que nos lleva al Padre, la verdad que alumbrá nuestras sendas, y la vida que nos comunica todas sus riquezas.

## II

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón... ¡Admirable condescendencia de Jesucristo; benignidad incomprensible de su corazón dulcísimo! Vedle un instante y quedaréis conmovidos, y los sentimientos de la más delicada ternura rebosarán de vuestro seno, que no podrá contenerlos.

Es nuestro Señor amorosísimo, el manso, el humilde de corazón; es el Cordero de Dios. He aquí mi siervo, decía el Señor por Isaías; yo estaré con Él; mi escogido en quien se complace mi alma; sobre Él he derramado mi espíritu; mostrará la justicia á las naciones; no dará voces, ni será aceptador de personas; su voz no se oirá en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que aun humea... No será melancólico ni turbulento, mientras



establecerá en la tierra la justicia, y de Él esperarán las islas la ley divina. Cuando llegó el tiempo de su santísima pasión, fue conducido al sacrificio como un manso cordero, y antes de esto, al entrar en triunfo por las calles de Jerusalem, lo hizo, en verdad, como un rey, pero lleno de mansedumbre, y sentado sobre una asna y su pollino, según estaba anunciado por un Profeta (1).

¿En dónde están la majestad y la grandeza del Hijo de Dios, y el brillo de su gloria, ante el cual bajan sus miradas los ángeles del cielo? La humildad y mansedumbre de Jesús ocultan todo eso, y le presentan á nuestras miradas dulcísimo y amable, hecho hombre, y en todo semejante á nosotros; fuera del pecado. He aquí por qué esas virtudes de que hablamos tienen un encanto que subyuga el alma, y una belleza que arrebatada y suspende todo nuestro sér. Vedle, exclamamos, poniendo en Jesús nuestras miradas; El es quien vive en el seno del Padre en lo más elevado de los cielos, nuestro Jesús dulcísimo; Él es quien recibe las adoraciones de los ángeles, y escucha desde el trono de la Majestad sus cánticos de amor y de alabanza; es el grande, el que reina por los siglos de los siglos; y en su benignidad incomparable inclinó hasta nosotros su infinita grandeza y apareció sobre la tierra mansísimo y humilde y lleno de dulzura; si á Él nos acercamos, no hallare-

(1) Math. XXI, 15,

mos otra cosa en el Dios de la majestad y del poder, sino clemencia infinita y un corazón dulcísimo y amable, que rebosando está de gracias y misericordias en favor de nosotros.

Si algo más podemos hallar en el Hijo de Dios que se hizo hombre por salvarnos, será una hermosura que rinda y captive todo nuestro amor; porque es el más gentil en hermosura entre todos los hijos de los hombres; y la gracia se ve derramada en los labios del que es primogénito entre muchos hermanos (1).

La humildad y mansedumbre son en Jesucristo el desbordamiento natural y espontáneo, si así podemos decirlo, de su amor dulcísimo para con los hombres. Nadie le impone violencia, porque es el soberano Señor del universo; y por otra parte, ¿cuáles son nuestros méritos en su presencia? Y si no tenemos méritos, ¿careceremos también de pecados que nos hagan indignos de su gracia? Todo esto descubre el amor que nos tiene; y en su humildad y mansedumbre hallamos nuevos encantos y atractivos que nos llevan hacia Él, á fin de bendecirle y adorarle, y de poner á sus pies todo nuestro afecto.

Dulcísimo es para nosotros pensar en la mansedumbre y humildad de Jesucristo. Él nos ha dicho: Al que viniere á mí no le desearé, pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha

(1) Ps. XLIV, 3.



enviado; y la voluntad de mi Padre que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que á todos les rescute en el último día (1). Tales palabras nos inspiran una confianza sin límites en la bondad de Nuestro Señor dulcísimo, y son además un testimonio brillante de su humildad incomparable. — No desecharé al que á mí viniere; y si el que llega á Jesús es un pecador abominable, que se ha manchado con los más horrendos crímenes, ¿no le alejará de su presencia el buen Jesús, y aquel hombre, contemplando sus grandes delitos, no tendrá que temer una funesta repulsa? Jesús bajó del cielo para salvar los pecadores, y vino á llamarlos á la penitencia; y es tan grande la bondad del Divino Salvador, que nadie tiene que temer el ser arrojado de su presencia si viene humilde y contrito en busca del perdón. Las misericordias de Jesús no tienen número, y su bondad es infinita.

He descendido del cielo para hacer la voluntad de mi Padre, que quiere que todos los hombres se salven. He ahí cómo el humildísimo Jesús ofrece toda la gloria á su Divino Padre. Quiere nuestro dulcísimo Señor ocultarse del todo á nuestros ojos; es el enviado del Padre, y viene á cumplir su voluntad. De esta manera quiere que demos toda la gloria al que lo ha enviado; que al Padre demos gracias por su voluntad amable y generosa de salvarnos. Mas

(1) Joan., VI, 37-39.

no, no hemos de olvidar al buen Jesús: amaremos al Padre como á su eterno Principio, como á Aquel de quien todo lo ha recibido, y amaremos asimismo al Hijo divino que tiene con su Padre la misma voluntad, la misma esencia; y á uno y á otro hemos también de adorar y bendecir por el gran beneficio de la redención humana; y de esta suerte todo será para el Padre, y todo será para el Hijo.

¿Quedó vencida la humildad de Jesucristo? De ninguna suerte. Quedó coronada de honor y gloria, y nosotros quedamos rendidos de amor y de ternura; y al admirarla con todo el entusiasmo de nuestra alma, le pedimos que nos haga participantes de ésta su amadísima virtud, para ser agradables á sus ojos.

Contemplemos ahora la mansedumbre de nuestro amadísimo Jesús. Es admirable el esplendor de su belleza, y cuando en tal virtud ponemos los ojos, quedan llenas de dulzura nuestras almas. Cuando maldecían al Señor, dice San Pedro, no contestaba con maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrumplía en amenazas; antes bien, se ponía en manos del que le sentenciaba injustamente (1).

Pensemos en Él y recordemos que en su santísima Pasión fue coronado de espinas, escupido, abofeteado, y que sus enemigos le escarnecían ignominiosamente, adorándole por burla y diciéndole: Dios te salve, Rey de los judíos (2);

(1) I. Ep. II, 23.

(2) Math., XXVII, 27-30.



que le desnudaron de sus vestidos y le cubrieron con un manto de grana y le pusieron en su mano derecha una caña, como Rey de burlas; y entre tanto, el mansísimo Jesús no profería una palabra; y si tuvo que hablar sobre la cruz, fue para rogar al Padre que perdonase á los que tanto habían escarnecido al que era su Hijo Unigénito. Si pensada en esto quedamos sorprendidos de tanta mansedumbre, quedamos también enternecidos, y nuestros labios prorrumphen en bendiciones y alabanzas y en acción de gracias á nuestro dulcísimo Señor, al Cordero de Dios, mansísimo y humilde, á quien corresponde todo honor y gloria.

La humildad y mansedumbre de Jesucristo son para nosotros camino, verdad y vida; nos llevan á Dios; hacen que el Padre celestial nos revele sus secretos y nos comunique los tesoros de su gracia. Preciso es el ser mansos y humildes de corazón, si queremos andar por los caminos de Dios, conocer su verdad y alcanzar la gloria; y ¿cómo no esforzarnos por adquirir estas virtudes, cuando el Dios de la majestad y la grandeza descendió de los cielos y se dignó decirnos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?

¡Oh buen Jesús!, por el amor de estas santas virtudes, comunicadlas á nuestro espíritu á fin de ser agradables á vuestros ojos, y reinad en nosotros por medio de la mansedumbre y la humildad. A Vos sea toda gloria para siempre. Amén.



## CAPÍTULO VI

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE NUESTRO AMADO

### I

**L**RÉ á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (1). Así habló Moisés al ver que en el monte Horeb una zarza estaba ardiendo y no se consumía; nosotros, al contemplar el santísimo Corazón de Jesucristo, no veremos la zarza de Moisés, sino únicamente el incendio de vivísimas llamas de un amor que nunca se consume. Jesús ama á su divino Padre y ama también á los hombres, sus hermanos; pensemos un instante en esos dos amores, que tienen un mismo origen y que á Dios nos llevan para descansar en Él con una felicidad incomparable.

El Hijo de Dios, Jesucristo, ama á su eterno

(1) Exod. III, 2.